

# UN DÍA EN EL TALLER



UNIVERSIDAD  
COMPLUTENSE  
MADRID

PIMC Nº60 / 2020-2021



# “UN DÍA EN EL TALLER”

PIMC Nº 60 / 2020-2021



# MIEMBROS PIMCD Nº 60 UCM / 2020-2021

## “UN DÍA EN EL TALLER”

### Responsable del proyecto

M<sup>a</sup> Esperanza (Macarena) Ruiz Gómez

### Miembros del proyecto

Víctor Zarza, UCM  
Silvia Nuere Menéndez-Pidal, UPM  
Fernando Alonso Muñoz, UCM  
Isabel Báez Aglio, UCM  
Irene Anguita Cuadra, UCM  
Pablo García Lumbreras, UCM

Departamento Pintura y Conservación-Restauración  
Facultad de Bellas Artes



ISBN: 978-84-09-31362-4  
Coordinadora: Macarena Ruiz Gómez  
Diseño y Maquetación: Macarena Ruiz y Silvia Nuere  
Fotografías: cedidas por los artistas participantes en el proyecto

## ARTISTAS PARTICIPANTES

### "UN DÍA EN EL TALLER"

PIMC N° 60/ 2020-2021

#### VÍCTOR CHACÓN FERREY

Profesor Titular de Universidad UCM

#### JOSÉ CARRALERO

Catedrático de Pintura UCM

#### OSCAR ALVARIÑO BELINCHÓN

Profesor titular de Universidad UCM

#### GUILLERMO OYAGÜEZ MONTERO

Licenciado en Bellas Artes UCM

#### FERNANDO ALONSO MUÑOZ

Profesor Pintura UCM

#### MIGUEL ELÍAS SÁNCHEZ

Profesor Contratado Doctor USAL

#### CARMELA SANTAMARÍA JUEZ

Licenciada en Bellas Artes UCM

#### MACARENA RUIZ GÓMEZ

Profesora titular de Universidad UCM

### (JOVEN GENERACIÓN)

#### IRENE ANGUITA CUADRA

Graduada en Bellas Artes UCM

#### GEMA DOMENE CARREÑO

Graduada en Bellas Artes UCM

#### RAFAEL GUERRERO PERALTA

Licenciado en Bellas Artes, USAL

#### DAVID DO NASCIMENTO BEYRICH

Graduado en Bellas Artes UCM

#### TERESA PECKER GAYARRE

Estudiante Grado en Bellas Artes UCM

#### ANAMARÍA CIMPEANU

Estudiante Grado en Bellas Artes UCM



## ÍNDICE

PROEMIO.....	3
<b>Víctor Zarza</b>	
UN LUGAR EN EL MUNDO .....	4
<b>Víctor Chacón Ferrey</b>	
UN DÍA EN EL TALLER .....	9
<b>José Carralero</b>	
EL TALLER COMO UNA "TORRE DE GRAMÁTICAS" .....	15
<b>Oscar Alvariño Belinchón</b>	
<b>Guillermo Oyagüez Montero</b> .....	20
EL ESTUDIO DE ARTISTA.....	23
<b>Fernando Alonso Muñoz</b>	
MI ESTUDIO: ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE.....	29
<b>Miguel Elías Sánchez</b>	
MI ESTUDIO .....	34
<b>Carmela Santamaría Juez</b>	
MI ESPACIO, MI TALLER.....	38
<b>Macarena Ruiz Gómez</b>	
PARA MÍ EL TALLER ES MÁS QUE UN TALLER .....	42
<b>Irene Anguita Cuadra</b>	
EL ESTUDIO DEL ARTISTA.....	47
<b>Gema Domene Carreño</b>	
<b>Rafael Guerrero Peralta</b> .....	49
¿MI ACTIVIDAD EN EL ESTUDIO? .....	52
<b>David do Nascimento Beyrich</b>	
MI TALLER DE PINTURA Y DIBUJO.....	54
<b>Teresa Pecker Gayarre</b>	
UN DÍA EN MI TALLER. ACOMODACIÓN EN PROCESO .....	56
<b>Anamaría Cimpeanu</b>	



Estudio de Víctor Chacón Ferrey

## PROEMIO

Más allá de su simple condición de habitáculo, de sus características espaciales, en el estudio o taller de un artista hallamos muchas de las claves de su personalidad y proceder particulares. La disposición de los elementos que en él están (mobiliario, accesorios, herramientas...) es reflejo de una singular metodología; dicha organización ofrece, por tanto, una considerable información sobre las condiciones en las que se desarrolla su trabajo. Y acaso de los términos del discurso que lo anima.

Con frecuencia, el estudio se encuentra impregnado del universo propio del creador, no solo por esos detalles que delatan su praxis, sino también por todo aquello que, directa o indirectamente relacionado con su labor efectiva, entra a formar parte de su mundo personal. En numerosas ocasiones, salta a la vista la estrecha conexión que se establece entre la estética de la obra de un artista y aquella que impera en su estudio. Tanto si esa conexión es buscada, premeditada por parte de aquel, como si no -lo que equivaldría a decir que ésta resulta- advertimos una suerte de sintonía que completa nuestra percepción y conocimiento de la singularidad creativa de cualquier artista. Personalidad, praxis, discurso y espacio de trabajo conforman así los términos de una cuadratura elocuente desde la que aproximarse a la obra del artista con un alto grado de complejidad; sin ahorrarnos ninguna información significativa al respecto.

Convencidos de lo antedicho, en este proyecto hemos propuesto a varios artistas que nos hablasen acerca de su estudio. Que lo hicieran abiertamente, diciendo todo lo que quisieran decir sobre sus lugares de trabajo y los procesos de concepción y elaboración que en ellos llevan a cabo; que lo hicieran sin ajustar su exposición a formularios ni encuestas, de manera que se garantizase un mayor grado de subjetividad -lo que para el caso juzgamos muy pertinente. Como complemento, también se les han solicitado fotografías de sus talleres, lo que supone otra vía -esta vez visual y no menos subjetiva- para el conocimiento de sus estudios y modos de proceder desde su propia perspectiva.

En esta selección hemos incluido a varios artistas emergentes, recién graduados, con el fin de aproximarnos a un hecho tan relevante y revelador -de especial interés para los alumnos de Bellas Artes- como es la génesis de un estudio: de qué manera nace ese espacio de trabajo, cómo se va convirtiendo un lugar en taller. Este conjunto de testimonios nos ha proporcionado una información diversa y completa que, atendiendo a los pormenores de los distintos procesos artísticos, resulta bastante esclarecedora -ejemplar, como objeto de análisis- para los alumnos de la Facultad de Bellas Artes.

*Víctor Zarza*



VÍCTOR CHACÓN FERREY

*“Preparadme la paleta, los colores, mis queridas herramientas de trabajo ... Ser diligentes, que el tiempo es un mensajero de terribles urgencias.”*

*Enrique Grant, pintor*

### Un lugar en el mundo

El estudio no es muy grande, tiene un alto y un bajo como en pintura. A veces da la sensación de deshabitado por el exceso de orden, todo me gusta dejarlo en su sitio con la amplitud que significa esta ambigua frase.

Así a simple vista, existe un orden, suelo recorrerlo como tanteando el lugar, mirándolo todo, como por ejemplo los trapos sucios y ver algunos cuadros colgados. Suelo sentarme y observarlos, seguramente subo con un café. Miro los pinceles engrasados en un tarro, las tablas crujen a mis pasos y eso habla del silencio que impera en este estudio. Las longevas costras de pintura de la mesa no huelen a nada. Mi taller nunca huele a nada, ni a tremen-tina ni a otras sustancias, tiene un buen sistema de ventilación, todo está igual desde hace años y eso me gusta. Amo la repetición de las cosas. Los cuadros que veo generalmente nunca me dicen cosas nuevas, más allá de las que me dijeron en las primeras horas de trabajo. A mi no me funciona eso de dar vuelta contra la pared la pintura para que pasado un tiempo me diga algo distinto y menos soluciones. Lo que no resuelvo al principio ya no tiene solución. Siempre me rodeo de unos pocos objetos personales, libros, escritos, con los que proyecto mis sensación de encuentro y despedida. Tengo una ventana que me asegura la luz y un trozo de cielo. El caballete siempre apunta a ella. Los instrumentos restantes, espátulas y paletas los mantengo relucientes. Un tazón de cerámica para el médium y unos trapos, duros como pellejos. Que ya no limpian sino que raspan. Este es el mobiliario más urgente, nada original. Una colección que para mi es primordial. En estos objetos me reconozco.

Algunas frases escritas en las paredes que a lo largo de los años se sostienen y otras ya han pasado. También en las paredes hay algunas reproducciones de cuadros muy manchadas ya que me persiguen desde mis comienzos como pintor. Un Picasso, una naturaleza de Cézanne, un paisaje de Corot y unas botellas de Morandi. Me recuerdan a cosas ya comprendidas pero el recuerdo es un motor muy importante en mi pintura.

Subo a la “troje” como se llama aquí al altillo de una casa de tres plantas. Siempre me gustó y me gusta tener el estudio en la casa donde habito, cerca de la cocina y sentir los olores que llegan de ella. Eso me parece un verdadero lujo. Un orden cotidiano de llamadas a comer.

Amontonados en los estantes decenas de bloques de dibujos, mi pasión, mi obra pese a que nunca hice una exposición de dibujo ni suelo basarme en ellos para la realización de una pintura. Tampoco utilizarlos como ideas a pintar. Simplemente nacen para estar en blocks. Bueno ya son muchas cosas y desearía decir menos pero si algo no tiene mi lugar de pintar es misterio. En eso me identifico con el espacio que habito. Visto desde esta perspectiva no quiero aburrir con sensaciones. Ni hace falta hacer un retrato. Es el lugar donde se producen todas mis dudas y algunas certezas y así me reconozco en él. En mi estudio hay rincones oscuros casi negros y claros casi blancos. Y yo intento desde siempre ver los infinitos grises que hay entre estos dos colores, como siempre me pasa, me cuesta hablar de algo que estoy habitando desde dentro y no tengo la suficiente distancia. Sólo unas cuantas observaciones que creo común a muchos espacios donde se pinta. No es difícil imaginar cómo de arbitrario puede ser desde dentro sacar unas conclusiones, como sensación más evidente les diré que está pintado a la cal que junto con la cera me sigue generando mundos y encuentros con la mejor tradición del arte. Creo que mi taller es el único lugar del mundo que sé lo que se supone que debo hacer.

*Víctor Chacón, Valdeverdeja, marzo de 2021*



Material de trabajo de Víctor Chacón Ferrey



Estudio de Víctor Chacón Ferrey



JOSÉ CARRALERO

### Un día en el taller

“Un día en el taller”: Interesante propuesta, pues el concepto de “día” es muy variado según cada artista y su momento. Hay artistas muy constantes y metódicos en tiempo y hora, día a día, mientras que otros actúan a rachas, por temporadas, o épocas, dependiendo de factores varios, ya profesionales, ya vivenciales, así como de las formas y fuentes de alimentación e inspiración; sí, artistas que actúan por rachas temporales. Así, la constancia de los momentos creativos no se puede medir en días de 24 horas o en días de meses. El artista necesita tener muchas horas de caballete, pero ¡ay de aquel que solo pinte!, pues necesita inspirarse en la vida, en la sociedad, en la Naturaleza.

En cuanto a mí, soy de esos pintores de rachas temporales, a lo que habrá colaborado mi condición de docente, -aunque considero que me ayudó también como pintor-. Mis DIAS en la práctica de pintar, son muy irregulares, oscilando entre el contacto directo con la Naturaleza, “plein air” y los del taller, al que también llamamos “estudio”. En el contacto directo con la Naturaleza, eterna fuente de inspiración, suelen ser temporadas o campañas ante el Paisaje. Por ello, los horarios dependen de los momentos y situaciones de la luz en relación con el tema de observación.

Sin embargo, en mis días y temporadas de incorporarme al interior del taller, para mis obras de mayor ambición y tamaño, suelo arrancar acompañándome de bocetos, apuntes o cuadros de formato pequeño, normalmente surgidos del contacto directo con el natural, los que serán las referencias para abordar la obra mayor. Comienzo vacilante e inseguro, rodeándome de material vario; además de las notas y apuntes, me inundan muchos pinceles, herramientas y colores dispersos en la paleta. Ante el arranque sobre el soporte virgen, me tengo que decir: “Pepe, lánzate, que el pincel no es un bisturí y el pintar es poner y quitar, ... quitar y volver a poner”, para seguir poniendo, hasta que la obra comienza a despertar, a aparecer, con frecuencia para sorpresa del propio autor. Momentos en que los materiales, pinceles y colores, se van reduciendo en número, y ampliando en tamaño y volumen. Es un dialogar con y desde las manchas iniciales, estableciéndose un pulso en el que a veces ignoro quien domina el proceso, teniendo que dejar que el paso del tiempo, -horas o días- nos lo acepte o rechace.

Siempre hay un diálogo misterioso. Trilogía entre motivación y oscura idea inicial, el autor y la obra, la que va surgiendo, a veces para sorpresa del propio artista, como hijo que toma personalidad propia. Por ello resulta interesante, cuando aplicamos mirada retrospectiva, contemplar nuestras obras tras el paso del tiempo, (muchas de ellas acumuladas en el estudio) y descubrimos que no siempre teníamos conciencia de lo que iban a representar en la cadena de mi proceso vital, constituyéndose en páginas de lo que vengo en llamar “diario existencial”.

Así, y ante tal fragor, hay obras que durante su ejecución nos acompañan obsesivamente más allá de los momentos de estar pintando; es como si se formase una escafandra que nos envuelve en un aura de ajenidad o aislamiento de lo que nos rodea, incluso cuando estamos fuera del taller, pareciendo que desde el inconsciente seguimos pintando sobre la obra que nos está esperando en el caballete para ser retomada al siguiente día. Dicha escafandra, que al principio es resistente a aparecer, tras haberse instalado en el pintor no nos abandona fácilmente. Quizá es lo que se conoce como “el artista despistado”.



José Carralero en la planta baja de su estudio



José Carralero pintando un paisaje en El Bierzo, León



En el estudio de José Carralero. Obra en proceso



### El taller como una “torre de gramáticas”

El espacio del taller queda definido para mí como un espacio protector. Se produce una especie de caracterización de los espacios, en el que queda diferenciado un lugar íntimo, mágico, y el espacio público que le rodea. En mi taller, los volúmenes se desplazan de forma centrífuga desocupando el centro. Suelo trabajar siempre **en los medios**, el centro está caracterizado por su identidad receptiva. Al igual que la casa, el habitáculo nos protege en ese ámbito mágico ante cualquier circunstancia externa, la escultura se dispone a defender y transformar el espacio íntimo sugerido en el taller, como uno de los lugares más tangibles, pero a la vez uno de los más espirituales.

El taller se muestra como un conjunto conformado por distintos elementos que se relacionan y unifican por vínculos que se constituyen en un grupo de trabajo, invitándonos a disfrutar de nuestra búsqueda.

Las constantes dualidades en sus contrastes, en sus sincronías hacen que el taller a pesar de su aparente caos se vuelva acogedor. Mi taller de escultura es “**una torre de gramáticas**”, aglutina distintos oficios, profesiones y tiempos. Y por esto mismo puede ser muy cambiante dependiendo del tipo de materiales que esté trabajando y el planteamiento y dimensiones de la escultura en cada momento, el taller y mi forma de actuar en ese espacio se transforma muy notablemente.

En el taller intento desarrollar sueños cargados de significación, con desplazamientos libres que llevan en su dinámica siempre algo de enigma, intentando que en su camino proyectual coincida con lo deseado. Con ello me predisponen al auto-análisis actuando en varias direcciones como en un proceso transversal (en la mayoría de las veces, íntimo), y específicamente humano. Trabajo en mi taller, más que para entender aquello que me rodea, para ubicarme en el proceso del devenir constante. Trabajo constantemente aquello que se me escapa, como **acto de fe** en una insistente acción deseando querer anticiparme a aquello que llegará cargado de incertidumbre.

En el taller más que una estrategia busco las huellas, esas improntas individuales que actúan y nos llegan desde la memoria ancestral creando infinitas posibilidades, no solo como germen de la obra sino como energía que concentra lo exterior y lo interior y que se exterioriza en la escultura que a su vez une la forma al argumento.

En el taller el escultor toma posición ante la realidad y su límite agónico, para asumir el salto ante el vacío de la obra, que va a marcar dentro de su propio devenir otras leyes, y así poder sobrevivir **mimetizándose** en obra. Vemos desde la propia acción del artista que lo etéreo se materializa y lo material pierde consistencia.

Busco la identificación de unos mecanismos y unas estrategias que me conduzcan a un estado concreto y temporal de la obra. Aunque la seducción se produce quizá por ese mundo tan amplio de los materiales que utilizamos en escultura. Estos materiales generan en mí un deseo irrefrenable de implicarme de manera afectiva.

Cada uno de nosotros posee un ritmo que se manifiesta en todos los instantes de nuestra existencia. Es nuestro ritmo y es imprescindible sentirlo y ser consciente de él. Un ritmo que no podamos seguir, crear, manifestar o exteriorizar nos cierra el horizonte y empequeñece nuestro círculo vital. Del fulgor iniciático en el mundo tridimensional de la escultura hasta el final pactado en una materia, se forman códigos inherentes a sus mecanismos expresivos, llegamos a un contexto de significación donde los materiales dejan de ser medios, ganan y se constituyen en forma dentro del andamiaje conceptual que toda obra rigurosa necesita.

El medio escultórico y contenido se confunden en la atmósfera general de la obra no habiendo división entre el significado y el significante. El escultor vive cada proyecto como objeto físico en sí, pero también como espejo energético personal en su encuentro con el yo hacedor. Para rozar todo esto, utilizo horas y horas en mi taller debatiendo entre el ensayo y el error, una y otra vez, procurando que esta longitud del proceso escultórico no genere cansancio sino una implicación mayor con cada escultura y un encuentro de soluciones para ella. Los deseos se encabalgan con las nuevas propuestas y se retroalimentan..., el abanico cada vez es mayor y se confirman los resultados del trabajo. Esa amplitud de gramáticas me estimula cada vez más en mi **trabajo diario**, a la vez supongo que me transfiere una mayor seguridad en este laberinto mismo que es la vida y la escultura.

*Óscar Alvariño  
7 de Marzo de 2021*





Óscar Alvariño trabajando en una de sus esculturas



Taller del escultor Óscar Alvariño con una obra en proceso



GUILLERMO OYAGÜEZ MONTERO

Mi estudio no es grande, no creo llegue a 20 metros cuadrados, aún así pinto en él cuadros de 200x300 cm, el techo si es alto, 3 metros, mi estudio es el lugar donde me quedo cuando no hay otra opción, cuando no puedo estar donde ocurren todas las cosas, en la mayor de las inspiraciones, la calle, el paisaje.

Es luminoso, mucho, de grandes ventanales que me permiten ver el cielo y los edificios cercanos, esto lo agradezco como pintor, pero mucho más como persona, pintar podría pintar en otras condiciones, pero vivir no, y en él paso bastante tiempo. Mi estudio es una prolongación de mi casa, está listo para entrar a vivir, lo tengo repleto de objetos que me recuerdan tiempos y amigos, lugares, dibujos de compañeros. No es mi lugar favorito, pero se acerca mucho a él. Tengo una cama y un televisor ubicado de tal manera que solo moviendo los ojos abarco el cuadro en proceso y la pantalla. ¡Cuántas soluciones me ha dado esa pantalla!. Ver series o documentales enfrascado en ellas, retirar la vista hacia el cuadro, con la mirada de otro, del que acaba de ver como se masacran entre bandas rivales de narcos, o como un pulpo resulta que se hace amigo de un buceador, o la "Anatomía de un dandi" y pum! Todo lo que no hallaba lo encuentro: esta masa es muy grande, aquello necesita más silencio... pintar es para mí llegado un punto una de esas cosas que no por hacerlo más lo vas a hacer mejor, pero si requiere estar ahí, delante, por eso y aunque no pinte paso mucho tiempo en él, por eso es acogedor.

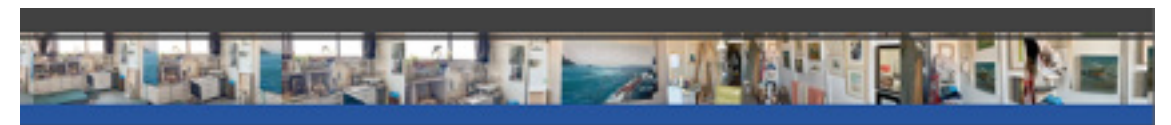
Siempre que puedo pinto del natural, ahí está todo, está lo que pintas y lo que no pintas, afectando a lo que pintas. Cuando pinto del natural si no puedo terminarlo allí no hago foto, tiro de memoria, de recuerdos y sensaciones, eso que nos diferencia entre todos. Si no salgo al natural y pinto de foto sólo la uso para el encaje y primera mancha, luego la rompo y continúo de la misma manera, no parando hasta ver en mi cuadro lo que recuerdo, esto no sale nunca a la primera y por ello el cuadro adopta cosas que no buscabas pero dejas, y eso me gusta, no tener el fin claro.

En el estudio la temperatura, la luz, objetos, el día a día es siempre el mismo, todo demasiado cómodo, tan cómodo que lo noto en algunos cuadros, sobre todo en aquellos en los que la foto ha mandado más de lo que quisiera. A veces me quedo a dormir en él y no porque se me haga tarde, sino porque estoy en uno de esos contados días en el que estoy encantado de conocerme y el cuadro me encanta, dije contados, y me apetece despertarme con él.

Mi estudio está muy ordenado, sólo hay una cosa en la vida fácil de ordenar, los objetos, el resto es muy complicado, en casi todo lo que es "el resto" participan otras personas y claro, todo se dificulta. Hay orden y manías, tengo una alfombra que enrolló y pongo a un lado cuando pinto, antes de irme la vuelvo a colocar, así cuando llegue el día siguiente entro en un cálido lugar, pinceles, paleta son limpiados y colocados diariamente, si por un imprevisto u olvido he de salir corriendo y no lo hago, al día siguiente llego, lo hago, me mosqueo y me marcho a casa.

Hay fotos de los amigos, de las personas a las que quiero, pegadas en la puerta fotos de algunos cuadros míos con "cosas" a las que quisiera volver, maneras de hacer o deshacer, luego nunca lo hago, no me gusta forzar, pero ahí están, quizá es simplemente un recuerdo de una lenta evolución. La luz artificial alterna cálida y fría, así escuché debe ser, si un día me las cambian todas a cálidas no me importaría. Durante un tiempo tuve el estudio en mi casa, era algo que quería probar, lo hice, ahora están separados. Andando tardo 10 minutos de uno a otro, ni muy lejos como para hacer pereza, ni a un minuto como para obsesionarme. En mi casa no hay apenas cuadros míos, todos son de compañeros.

*Guillermo Oyagüez Montero*



Fragmento vídeo realizado por Guillermo Oyagüez Montero



### El estudio de artista

Durante mis años de estudiante pensé en muchas ocasiones en lo afortunados que eran aquellos compañeros que podían tener un lugar donde desarrollar su trabajo: en definitiva lo que podríamos llamar un “estudio de artista”. En ese momento, tener un espacio dedicado exclusivamente a la labor artística me parecía una condición indispensable para poder ser considerado artista “profesional”.

Con el tiempo y tras llevar muchos años ya en mi propio estudio y conocer de primera mano el trabajo de muchos artistas, me he dado cuenta lógicamente, de que esta circunstancia no siempre es imprescindible, aunque sí muy deseable. Son las situaciones específicas de la propia práctica artística las que determinan la verdadera necesidad de contar con un lugar físico privado destinado a la actividad profesional. Es cierto que en ocasiones un artista puede no necesitar un espacio propio, o mejor dicho, uno que tenga carácter fijo, pues puede llevar consigo todo lo necesario para trabajar en cualquier parte o bien desarrollar su actividad con medios muy elementales, pasando en estos casos el espacio personal a un segundo plano; no obstante, siempre que produzca físicamente obras necesitará un “taller” que le haga las veces de almacén y un entorno en el que pueda aislarse y trabajar sin distracciones.

En mi caso particular -siempre me he considerado un pintor hasta cierto punto tradicional- el estudio funciona precisamente como espacio de trabajo, como almacén y como lugar en el que “incomunicarte” rodeado de tus obras. Desde esa perspectiva de pintor tradicional como indicaba, sigo considerando fundamental la práctica “física” de la pintura, su plasticidad y materialidad, la necesidad como me comentaba un buen amigo de tener la pintura “ahí”, de poder experimentarla con los sentidos, de poderla tocar, oler, etc. El estudio en este caso es el lugar donde se produce precisamente ese contacto físico, en el que tras atravesar la puerta, solamente ya el olor a trementina pone de manifiesto que allí se está “cocinando” pictóricamente hablando.

Hay algo sin duda emocional en la relación con el espacio en el que se trabaja o se habita. El ser humano tiene la capacidad de establecer vínculos con un lugar, por las experiencias allí vividas, las personas que relacionamos directa o indirectamente con ese marco, su simbología o su singularidad. Yo conocí el que sería mi estudio hace ahora más de veinte años invitado por uno de los artistas que lo ocupaban en aquel momento Jon Ander del Arco y que además había sido mi profesor durante un año en la academia Artium Peña, preparando la prueba de ingreso en la Facultad de Bellas Artes, trabajando tres horas diarias de lunes a viernes. Hay que recordar que por aquel entonces, se ofertaban unas doscientas cincuenta plazas para un total de hasta mil trescientos aspirantes a entrar en la Facultad.

El estudio en aquel momento –mi primer contacto con un espacio de este tipo- me pareció un lugar mágico y misterioso. Tras una puerta metálica, un largo pasillo conducía a un pequeño habitáculo: frente a éste, dos puertas y a la derecha, unas escaleras -con una inclinación razonable- que finalizaban en un descansillo. Tras bajar otro tramo más de escaleras finalmente el suelo. Y por fin un espacio con techos de seis o siete metros de alto, mucho más luminoso de lo que cabría esperar, con las paredes cubiertas por obras de gran formato, figuras siniestras con algún guiño cómico resueltas en grises; el suelo dejaba patente que allí se pintaba. Solamente estar en ese espacio, pensaba, tendría ya que ser capaz de despertar en el artista una especie de energía creativa impresionante.

Cuando muchos años después tuve la fortuna de poder trabajar en él, me di cuenta de que efectivamente era así. Ese espacio me llena de energía, me motiva para trabajar desde el mismo momento en el que me dirijo hacia allí. Su situación relativamente cercana a la plaza de Manuel Becerra, que se encuentra a unos kilómetros de mi actual domicilio, implica que tengo que desplazarme generalmente en transporte público o en bicicleta para ir a pintar, siendo este último medio de transporte mi favorito cuando las condiciones climáticas lo permiten; el propio camino ya me dispone y prepara para la tarea que voy a realizar a nivel físico y mental.

Mi ruta hacia el estudio además me obliga a pasar junto al imponente cementerio de Nuestra Señora de la Almudena -el más grande de Europa occidental- que ya protagonizó algunas de mis obras y apuntes desde mi época de estudiante. Los cementerios siempre me interesaron como lugar donde el tiempo se detiene por excelencia, lo que bajo mi punto de vista guarda bastante relación con el estudio del artista, al ser este también un espacio en el que el tiempo se vuelve confuso: la iluminación artificial y la falta de luz natural en nuestro caso hace imposible saber si fuera ya es de noche o luce el sol. Si uno no puede acudir en un tiempo, a su vuelta encuentra todo tal y como lo dejó; trabajando hay una extraña sensación de continuidad, algo inquietante, como si la vida que se desarrollara en el estudio tuviera su propio “ritmo”.

Me gusta aprovechar el tiempo cuando estoy trabajando allí y en ese sentido, mis procesos de trabajo son generalmente intensos, siempre que sea posible, prefiero extenderme en sesiones “maratonianas”, es decir, puedo comenzar a las siete y ocho de la mañana y terminar a la misma hora de la tarde, con algunas pausas necesarias e inevitables. Estar trabajando menos de tres o cuatro horas me parece casi no haberlo estado haciendo; es curioso además y esto lo he contrastado con muchos otros artistas como en ocasiones las primeras jornadas de una obra nueva son a veces como un periodo de transición, una pequeña toma de contacto en la que el tiempo no se aprovecha mucho, pero es necesario “estar ahí” junto a la obra, percibir su potencialidad. De nuevo se pone en evidencia la importancia de habitar ese espacio, incluso aunque no estemos desempeñando efectivamente la labor para la que se destina, aunque no estemos siendo, aparentemente, productivos.

En definitiva y más allá de las razones prácticas que han hecho siempre necesario el empleo de un espacio para un pintor y su obra, puede que en mi caso –y pienso que en el de muchos otros artistas- no se trate solo de eso. De algún modo y más allá de estos motivos, tengo que confesar que me sigue fascinando la visión romántica del estudio como espacio personal de creación, de dialogo interior e introspección, de confrontación de la obra con uno mismo y con los demás. Hace poco leía a una experta en arte afirmar que había que eliminar la poesía de la práctica artística por su inutilidad, para sustituirla por la crítica social o la política. Creo que se evidenciará por estas líneas que no puedo estar más en contra de esa afirmación; quizá el estudio funcione también como refugio en el que cobijarse ante buena parte de ese mundo que renuncia a la poesía, un lugar en el que no escuchar las manifestaciones de todos aquellos que quieren imponer unas normas al pintor sin poseer la sensibilidad para crear o sin haberse molestado al menos alguna vez en mancharse las manos con pintura.

*F. Alonso Muñoz*

Vista del estudio de Fernando Alonso desde su parte inferior





Vista del estudio de Fernando Alonso desde su parte inferior



Vista del estudio de Fernando Alonso desde su parte superior



Miguel Elías en su estudio de Uña de Quintan, Zamora

### Mi Estudio: entre Oriente y Occidente

Un antiguo proverbio chino dice que “para hacer un buen trabajo primero hay que afilar las herramientas”. Este texto que tenéis en vuestras manos, pretende en primer lugar eso, no tiene otra intención que mostrar mi sentir sobre el espacio que ocupo para pintar, para crear cada día.

En realidad yo debo hablar de “Estudios” en plural, ya que describiré no sólo el estudio que tengo en mi propia casa, sino también, el estudio que tengo en el pueblo de Uña de Quintana, una pequeña población zamorana, cercana a la provincia de León.

Para mí el estudio es un espacio de silencio, un lugar de profunda calma y concentración. En él hay diferentes rincones bien definidos: un espacio de pintura, que a vez es el espacio donde cada mañana y cada noche realizo mi meditación diaria; un espacio de lectura y trabajo con ordenador, donde los libros y muchos cuadernos de apuntes se agolpan; un espacio de creación sobre papel en una mesa de dibujo; un pequeño lugar donde almaceno colores, pigmentos, tintas, pinceles y demás utensilios de trabajo; un espacio reservado para estampar, donde tengo un pequeño tórculo y por último un espacio para mi archivo documental. Todos estos rincones cumplen una función necesaria para mi trabajo y a la vez a la hora de crear son complementarios entre sí. En mi estudio pinto, medito, exploro, experimento, leo, estudio, escribo y contemplo. En él desde hace diecisiete años trabajo en un profundo silencio, antes me gustaba siempre trabajar con música clásica. Poco a poco, casi como una necesidad se fue apoderando de este espacio el profundo silencio.

El estudio de casa, no es un espacio excesivamente grande, está medio sepultado entre mi pequeño jardín y el salón de la vivienda unifamiliar. Está orientado al Este y por una ventana rectangular alargada, cada mañana cuando sale el sol, tímidamente va penetrando en el espacio y crea un bello juego de luces y sombras que dan un ambiente de recogimiento. En él se agolpan materiales en un carro negro con ruedas que siempre está junto a un viejo caballete que me regaló mi madre cuando comencé Bellas Artes, yace en mi estudio como si fuera una escayola griega de las muchas que tengo en él, ya que desde hace muchos años cuando abracé la pintura japonesa y la caligrafía shodo, trabajo siempre en el suelo sobre un gran shitajiki, una pieza grande de fieltro negro prensado sobre la que pongo en mi tatami, los papeles de arroz y bambú, los lienzos y soportes sobre los que pinto y caligrafío.

En este espacio realizo cada mañana y cada noche mi meditación zazen que aprendí de mi maestro. Y cada tarde cambia su apariencia y el tatami donde medito se convierte al extender el shitajiki en mi espacio de pintura, mi espacio de creación. Casi como si de un ritual monástico se tratara, preparo antes de trabajar mis materiales, los ordeno y coloco en el mismo lugar en el suelo, me inclino antes de comenzar a trabajar ante ellos como signo de agradecimiento a todo lo que me enseñan y me enseñarán y en un profundo silencio comienzo a moler la tinta sobre la piedra en sentido circular. Poco a poco la frotación sobre la pizarra punteada va deshaciendo la tinta y un suave olor a aceite esencial de sándalo me va diciendo que la puerta de las sensaciones se está abriendo. Este ritual que todo pintor de sumi-e realiza, hace que de manera progresiva se entre antes de comenzar a pintar en una profunda calma. Los antiguos pintores orientales calificaban este momento como el paso de la tierra de los mortales al mundo de la pintura. Preparada la tinta, recojo del shitajiki el pincel y comienzo a trazar sabiendo que mi espíritu está bien y el pincel me seguirá. Lo interior se manifiesta exteriormente sobre el soporte.

Por espacio en mi estudio de casa trabajo tamaños que no superen un 100 x 81cm, los tamaños de 146 x 114 y superiores los reservo a partir de la primavera-verano para el estudio del pueblo.

El estudio del pueblo de Uña de Quintana, en Zamora, se ubica en lo que mis suegros llamaban el corral, lo cubre solo una antigua estructura de antiguas vigas de madera y un tejado antiguo, dejando en la parte posterior un gran portalón de madera antigua y al frente una pequeña huerta-jardín. Es como trabajar al aire libre, aunque protegido y eso me gusta especialmente. En él tengo infinitas posibilidades que en el estudio de casa sería imposible, los materiales varían y se enriquecen, puedo manchar y trabajar con mis gigantes pinceles orientales, emplear sopletes, utilizar y espolvorear ceniza, dibujar quemando madera y utilizar como instrumento pictórico una manguera de agua y su presión.

Sobre el suelo de tierra me gusta utilizar un sintasol que casi es un cuadro, sobre el sitio los soportes y sobre la gran viga de madera del techo instalé una pequeña polea, de donde el más grande de mis pinceles orientales cargado de tinta traza sobre los lienzos mis caligrafías shodo.

Este espacio donde trabajo en el pueblo es multiusos, en él medito, hago mi taichí diario, pinto mis grandes lienzos, leo, nos reunimos la familia y los amigos y curiosos que nos visitan. Un lugar de encuentro donde se da la vida y la creación. También un lugar de silencio y contemplación de la naturaleza que se mete literalmente en él. Para mí es el espacio ideal de creación, dado el tipo de pintura que realizo, ya que en él observo y siento palpitar el paso del día cuando amanece, atardece y anochece con todos sus sonidos, sus olores y sus luces. Es un espacio donde todo vibra y el ritmo temporal de la naturaleza se manifiesta con una rotundidad brutal penetrando en el lienzo, un lugar que me da una profunda calma al trazar esa "pincelada única" y que siento que fluye en cada tela con verdad.

Estos son mis espacios de creación, espacios de profunda interioridad pictórica donde trato de buscarme lienzo a lienzo.

*En mi Estudio de Vistahermosa, Salamanca  
Tarde del 11/04/2021*



Miguel Elías trabajando en una de sus obras





Herramientas de trabajo de Miguel Elías



Espacio para la meditación en el estudio de Miguel Elías



### Mi estudio

Cuando despierto, lo primero que llega a mi mente es mi estudio y a veces la pereza de tener que coger el coche, buscar aparcamiento y todo lo que supone la traslación. En casa pienso que puedo dibujar y pintar pequeños bocetos, pero a la vez añoro mi estudio y al final acudo a mi refugio. Puedo llamarlo “mi refugio” porque ahí me encuentro con una soledad muy deseada y disfrutada.

Cuando entro en mi estudio y cierro la puerta es sensación de libertad, de encontrarme en mi verdadero lugar, donde el tiempo no existe.

Lo primero que hago es sentarme delante del último cuadro en el que estoy trabajando y tratar de seguir el mismo camino anterior, pero esto casi nunca sucede y es precisamente lo que me divierte, es volver a comenzar un trabajo cada día.

La puerta está en un rincón oscuro donde nunca da el sol, pero cuando abro la puerta se me abre un mundo de luz que me levanta mucho el ánimo. Mi estudio es muy luminoso por las mañanas, por lo que me gusta llegar temprano aunque casi nunca lo consiga.

Tengo mucho material apilado y de vez en cuando pienso en ordenar y descartar lo que no utilizo, pero siempre la nostalgia y el “por si acaso” gana la batalla y mi estudio está lleno de recuerdos, de bocetos y cuadros de todas mi etapas.

En mi estudio se que no me va a distraer nada externo, que lo que estoy haciendo y hasta que yo lo decida, no va a criticarlo nadie y creo que eso es una de las cosas que me hacen sentir libre.

Tengo una mesa grande para dibujar, pero también la utilizo para escribir, por lo que siempre está llena de papeles desordenados.

Cuando estoy pintando en mi estudio, mi obra, como decía Louise Bourgeois, “es la más importante obra de arte del mundo”. Cuando ya empiezo a notar cansancio y miro la hora, me siento muy afortunada, las horas han pasado como minutos y he gastado mi energía en hacer lo que me gusta y en ese momento me doy cuenta de que lo necesito.

En fin, mi estudio es mi Universo, mi mundo íntimo que impregna todas las facetas de mi vida donde su desorden, en contra de lo que parece, me da cordura.

*Carmela Santamaría*



Carmela Santamaría tomando apuntes ante el paisaje.



Macarena Ruiz pintando en Toledo

### Mi espacio, mi taller.

Cuando era pequeña, si bien aún no tenía claro que iba a hacer la carrera de Bellas Artes, soñaba con ser una afamada arquitecta siguiendo los pasos de Le Corbusier o Eduardo Torroja, ambos grandes representantes de la arquitectura moderna. Por ello, entre otras muchas fantasías, pensaba en tener un estudio a escala de mis grandes ensoñaciones de proyectos arquitectónicos. Pasado el tiempo, no soy una afamada arquitecta, pero me considero una pintora afortunada, profesora en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense en donde disfruto impartiendo clases de pintura, disfruto con mis alumnos y también disfruto pintando en mi taller, ubicado en el semisótano de mi casa que, si bien no es de grandes dimensiones, es suficiente para que yo siga soñando.

Para llegar a él únicamente tengo que bajar unas escaleras y ya, lo que hoy en día agradezco pues realmente me ayuda a vencer la pereza. Lo primero que se ve al llegar al taller es una pequeña venta situada al fondo del todo, llama la atención pues el estudio al estar en un semisótano apenas posee luz natural, únicamente la que deja entrar esta ventana que me va indicando el paso de las horas.

No pinto todos los días y tampoco querría hacerlo, incluso hay días que estoy en el estudio y simplemente me dedico a estar, preparo soportes, limpio con esmero mis paletas, ordeno colores, cambio cosas de un sitio a otro, ... etc.

Hay veces que pinto por la mañana y otras por la tarde, pero no por la noche. Intento hacer memoria y creo que nunca he pintado de madrugada, mi ritmo vital no es de trasnochar mucho en lo relativo a la pintura.

Para pintar realmente no necesito demasiada intendencia, tengo un mobiliario austero que consiste en un caballete y una mesa supletoria en donde colocar la paleta, algunos tarros y normalmente una vela que enciendo cuando estoy pintando. En una zona que está justamente debajo de la ventana tengo colocados todos los pinceles de diversos tamaños y formas, espátulas, así como botes de óleo nuevos que voy comprando, médiums, pigmentos, alguna herramienta, jabón Lagarto y de otros tipos que me regalan para limpiar los pinceles y no mucho más. En cuanto a los tamaños de mis obras suelo alternar el hacer apuntes, bocetos de formatos pequeños, con lienzos hasta de dos metros, pues si bien no es demasiado grande el estudio, puedo trabajar perfectamente con esos tamaños y dispongo de otro espacio para almacenar la obra de formato grande.

Según voy pintando y acabando cuadros, los suelo colgar en la pared porque durante un tiempo me gusta observarlos mientras sigo trabajando en otras cosas y así decido si definitivamente lo doy por acabado o no.

También me gusta escuchar música cuando estoy en el taller, y como es lógico dependiendo del momento en el que me encuentre así es la música que elijo, por lo que un día puedo estar oyendo a María Callas o el Réquiem de Mozart y otro a José Mercé.

De entre todas las herramientas de trabajo tengo un especial cariño a las paletas de pintor y poseo unas cuantas, algunas para pintar y otras que guardo y conservo como recuerdo de un momento determinado. Las cuido y mimo mucho pues para mí la paleta es la extensión de mi pensamiento cuando estoy pintando, y este cariño y respeto hacia esta herramienta me lo trasladó mi maestro, y se ha ido reforzando con el paso de los años según pintaba e iba entendiendo mejor todo aquello que me fue transmitido.

En un rincón tengo el caballete de campo junto a una pequeña bolsa en donde guardo otras cosas que necesito cuando salgo a pintar paisaje -trapos, algún tarro, spray contra mosquitos, etc. -, pues me gusta alternar el pintar en el estudio de casa con pintar en "el estudio al aire libre". Ambas cosas me gratifican y cada una me aporta algo, con sus pros y sus contras.

Pintar paisaje directamente del natural me da sensación de libertad, y siento que estas salidas son como pequeñas aventuras ya que me ayudan a conocer sitios y personas, disfrutar del paisaje, y tener nuevas vivencias. Pintar en el estudio me aporta comodidad pues no paso frío, ni calor, no me pica ningún insecto y el viento no me tira el caballete.

La serenidad de el estudio de casa también se ve reflejada en mi pintura ya que no tengo la ansiedad de acabar porque se va la luz que quiero, o porque ya tengo frío y estoy deseando acabar la sesión. Por ello, considero que “ambos talleres” se complementan en mi forma de trabajar, pues suelo finalizar los apuntes de paisaje que hago directamente del natural en el taller de casa, en donde los observo con mayor serenidad y decido si seguir trabajando en ellos o darlos por finalizados, que son pocas las veces que sucede esto último. Pero este es mi proceso.



Estudio de Macarena Ruiz. Cuadro en proceso



Estudio de Macarena Ruiz



Estudio de Macarena Ruiz



IRENE ANGUIITA CUADRA

### Para mí el taller es más que un taller

El taller es por antonomasia un espacio invadido por la soledad, la que conlleva (casi siempre) silencio y, por lo tanto, concentración. No obstante cada artista convive con su taller de diferente manera, así, es un espacio enormemente influenciado por el contexto de cada cual. Para mí, el taller, implica soledad momentánea puesto que a veces es lugar para visitas de amigos, y es en ese momento en el que cobra un sentido totalmente diferente. Entonces todo lo que es íntimo se resignifica con la presencia de los que me acompañan. Miran algunos cuadros y hablan de ellos, aportando nuevos puntos de vista. Hay conversaciones y música. Todo en un entorno de estanterías, botes de pintura, libros y alguna mesa raída. Ahí están también las bicicletas: la de papá, la de mamá y la mía. Su mera presencia me recuerdan al exterior, el deseo de salir y moverme. Desentumecer el cuerpo entero y acabar con el dolor de espalda. Sentarme en una terraza y tomar una cerveza. Así dejar de pensar en los cuadros por un instante y, a la vuelta, podré mirarlos de otra manera e incluso continuar pintando.

A veces echo en falta la paz de un taller blanco, impoluto, más solitario y privado, uno que no sirva de almacén ni de punto de encuentro, entonces solo deseo encontrarme con un lienzo recién preparado y una paleta ordenada y casi nueva. También deseo la luz natural, esa que sólo disfruto cuando pinto fuera, directamente de la referencia. Hay una diferencia abismal entre pintar del natural frente a la pintura que se hace en el taller; ambas tienen sus ventajas e inconvenientes pero en el natural existe siempre un reto. Concretamente, en el paisaje el reto es mayor puesto que las circunstancias lo son todo, de hecho son las que hacen el cuadro; y no siempre son las más adecuadas. En ocasiones resulta interesante imaginar el clima de un cuadro o el estado emocional del pintor cuando eligió el tema sólo mirando el color, la pincelada o la manera en la que se posa el pigmento en el soporte. Recuerdo el autorretrato Bonnard tras fallecer su mujer, desprende tristeza en el lenguaje.

El paso del tiempo también juega un papel fundamental en la pintura de paisaje, nunca encontraremos el tema igual que el día anterior por eso no podemos salir a pintar pensando en captar de manera precisa una imagen, la exactitud debe recaer en una captación más interpretativa por la que se deja llevar la imagen pictórica. El tiempo también es un gran entrenador de la retentiva — la luz que incide en un árbol a las 6.45 cambia drásticamente a las 6.50 — es fundamental entender esto para trabajar del natural y debemos saber utilizar el recuerdo cuando sea necesario. El recuerdo en el taller funciona completamente diferente. Cuando no hay referencias del natural los códigos de representación tiran de imaginario colectivo y es más fácil caer en formulas.

Creo que para pintar es imprescindible la disciplina, la de acudir habitualmente a la práctica, ya sea en el taller, como en cualquier otro sitio mediante apuntes o dibujos. Esa rutina genera un vínculo con la pintura que evoluciona con el tiempo. En el taller se pueden apreciar esos cambios también, en su distribución o en los colores de la paleta, que suele ser la gama que impregna cada rincón. También se puede recurrir a mirar cuadros de hace algunos años para observar los cambios que se han dado en el proceso actual y retomar otros momentos que puedan enriquecernos. En esa confluencia de momentos entran a veces los referentes, que ahora entran en el taller desde los libros o internet.

Últimamente paso poco tiempo en el taller, se acumulan los trabajos y el estudio, incluso ya casi no vienen amigos por la circunstancia en la que vivimos. Está algo más frío y descuidado, así que hace un par de días le di la importancia de la que necesita este espacio, ordené todo lo que pude, incluso regalé algún cuadro. Lo dejé todo listo. Incluso el lienzo en blanco en la pared, el que me invita a ir todos los días porque cada día es una nueva aventura.

*Irene Anguita Cuadra*



Taller de Irene Anguita Cuadra



Irene Anguita en su taller



Gema Domene pintando en Carracedelo



Espacio de trabajo de Gema Domene

### El estudio del artista

El estudio del artista se presenta como un reflejo de la propia obra para las miradas ajenas y curiosas, que ansían descubrir estos espacios sacros, que encierran la identidad y el misterio de la multiplicidad en los procesos creativos. Los límites entre el estudio y la obra resultan indisolubles e inquebrantables, convirtiendo el taller en una oda para la reflexión y la investigación, donde se fragua el largo recorrido que implica la creación.

Esta relación entre taller y obra puede ser tan estrecha que ambos evolucionan en paralelo motivando cambios estéticos, materiales y espaciales; situando el proceso plástico en la configuración misma del entorno creativo, lo cual añade un carácter performativo al lugar de creación. (Pérez, 2004, p.1) <sup>1</sup>

El taller es, asimismo, un espacio sacro para el artista, pues implica mucho más que un lugar donde aplicar la praxis y almacenar materiales; conforma un laboratorio de experimentación, en el que conviven miedos y éxitos, donde se disuelve la jerarquía de la obra para encontrarse en horizontalidad con el proceso. El estudio que es entendido como un espacio en el que definir metodologías, enfrentar problemas y proponer soluciones, se convierte en un lugar que aviva tanto el respeto por el tiempo de gestación, como el cariño hacia el ensayo y el error. El artista que muestra responsabilidad por el proceso de trabajo entendiendo su taller como un espacio de búsqueda, se libera del estigma de que todo lo que se hace en el mismo haya de verse materializado como un producto artístico, tangible y finalizado.

La relación del artista con su taller cobra importancia ya desde los procesos previos a la producción, con el cuidado de los materiales, la preparación de los soportes, las pruebas de color o los ejercicios de composición, que exigen tiempo y dedicación. El conocimiento de estos métodos favorece un vínculo que condicionará el resto del proceso creativo.

El taller sirve de cómplice a la intimidad y la soledad habitualmente necesarias, pero no por ello debe volver esclavo al artista ni convertirlo en ermitaño. No necesita pues estar definido por unos límites físicos y geográficos, pudiendo ser estos ubicuos y latentes. Diferentes momentos pueden tener cabida dentro del taller, siendo útil en el punto de partida de la obra, como espacio donde continuar bocetos o finalizar la misma.

Todas estas instancias son las que hacen realmente interesante el taller del artista, generando misterio, encerrando complejidad y convirtiéndolo en el lugar donde suceden los cambios de etapa y donde la transgresión no es un hecho meramente momentáneo ni mucho menos espontáneo.

*Gema Domene*

<sup>1</sup> Recogido en, Pérez Jiménez, Ruth: El taller del artista como entorno performativo de la obra, 2004, La función de la función, Hipo 6. 2018. | ISSN 2340-5147



Rafael Guerrero Peralta dibujando del natural

Ahora mismo mi estudio lo tengo montado en una vivienda de alquiler, no sé cuánto tiempo durará, pero a pesar de no ser exactamente como me gustaría tenerlo estoy contento de disponer de este espacio para pintar. A veces, por motivos personales debo viajar y no puedo disponer del estudio, entonces me llevo el cuaderno. Me gusta pintar del natural, tengo predilección por el estudio, pero también disfruto de pintar en el exterior mientras paseo por el campo y los bosques que tengo cerca. Me encanta pasear por la naturaleza y observar los animales y las plantas.

Lo que más valoro del estudio es que es mi espacio. El silencio es fundamental, y que sea un lugar donde sentirse uno mismo, cómodo, en armonía y en soledad íntima para pintar, a veces en compañía de aquellos con los que me gusta compartir esa soledad. En el estudio me acompañaba mi gata Guiri, la echo de menos y la recuerdo mucho.

Un elemento que tengo en mi estudio y lo tengo desde hace poco es la mesa auxiliar. Ahí tengo puesta la paleta, los pinceles, los óleos, algunos pigmentos... Es de los elementos más cómodos y prácticos que considero en el estudio, voy cambiándolo de sitio según me parezca. Desde que terminé la carrera en Salamanca he querido tener uno, me recuerda mucho a las que teníamos en la facultad, pero por motivos de espacio no lo he podido tener antes. Mis anteriores estudios eran más pequeños.

Algo que he añadido recientemente al estudio han sido las plantas, que siempre me han gustado. Con toda la incertidumbre del primer confinamiento de la pandemia me dio por plantar verduras y hortalizas, aprendí mucho más de lo que sabía de plantas y, poco a poco, me interesé también por las plantas que se pueden tener en interior. Por los productos que usamos los pintores pensé que sería bueno poner plantas que limpiaran el aire como la sansevieria. También tengo plantas en el estudio que me gustan ya sea por su estética o porque me recuerdan a algo. La que más capta mi atención es el ficus abidjan que reproduce de un esqueje y me encanta el color de sus hojas y su aspecto. Me parece impresionante cómo una planta que puede estar en una maceta en mi estudio puede llegar a convertirse en un árbol de treinta metros. Aquí en Cádiz tenemos varios ejemplares gigantes.

La ventana por supuesto es otro elemento fundamental, por la luz y la ventilación. Suelo pintar por las mañanas, por la luz, porque estoy más activo, pero si un día se encarta a otra hora, pues se pinta, eso es según vaya surgiendo. Lo importante es tener ganas y ponerse. Durante un tiempo la falta de entusiasmo me supuso un problema, es algo que hemos pasado casi todos alguna vez. La falta de entusiasmo es algo que hay que superar, a veces es difícil volver a arrancar, unas veces la motivación viene sola y otras la tienes que encontrar. En ocasiones viene bien parar para “coger carrerilla”. También viene bien relajarse, buscar en otra parte, coger lo que funciona. Hay que pintar lo que a uno le apetezca, como le apetezca, con libertad y con naturalidad, disfrutando.

*Rafael Guerrero Peralta  
Puerto Real (Cádiz)*



Rafael Guerrero Peralta en su estudio



Estudio de Rafael Guerrero Peralta



### ¿Mi actividad en el estudio?

*Componer, dibujar, pensar, pintar, retirarme, buscar intimidad, ver, leer, escuchar, contemplar, reflexionar, un lugar dónde buscar soluciones...  
Casi, un espacio de meditación (siendo más dramático).*

Pienso que un estudio es un lugar de y para la intimidad.  
Un espacio dónde consigas sentirte en tu salsa ...

Un espacio que haces tuyo como el soporte cuando pintas, donde generas una atmósfera con objetos, música o silencio, imágenes y elementos de cualquier índole que te importen, estimulen y te lleven a los recuerdos que te inspiran y ayudan para que puedas continuar trabajando en la tarea de la creación y el desarrollo de tus ideas, pensamientos y recuerdos que quieres expresar y comunicar.

El espacio puede ser interior o exterior, de lo que se trata, es de que consigas allí, la concentración para trabajar. Y esto, me lleva a hablar de la influencia del contexto, las personas que lo rondan, las costumbres, los alimentos, la vegetación, los animales, el tiempo... todos estos elementos también ejercerán su papel sobre la creación. Ya que es un conjunto de vibraciones que estimulan nuestra percepción, y en consecuencia nuestros movimientos y pensamientos.

Por eso, nunca será igual una pintura en un lugar que en otro, cada sitio impregna de las características del entorno el trabajo que se gesta en mayor o menor medida, eso ya depende de cada persona y cómo se quiera comunicar.

Sin embargo, me asalta la idea de que el verdadero estudio está en la vida, en las experiencias... Es al vivir cuándo te abordan las emociones que deseas expresar, compartir y comunicar (en este caso, a través de la pintura, aunque creo que es válido para todas las disciplinas y oficios).

En mi caso, los elementos que más me llaman la atención a la hora de vivir, suelen ser los colores que se manifiestan y las historias que nacen de los encuentros, las acciones y la comunicación con los seres vivos. Y cuándo quieres transcribir estos sentimientos a la pintura, es como si quisieras trabajar para hacer una celebración o un monumento a esas vivencias, para tenerlo más presente y recordarlo aún mejor ya que te importa.

Para aprender y conocer, conocerse a uno mismo. Conocerse, es detenerse en esas cosas que nos llaman la atención porque sentimos que hay algo de nosotros ahí fuera y profundizando en ello, quizás, consigamos una respuesta, un nuevo valor, aunque no sea de inmediato...



Material de trabajo de David Do Nascimento



Mesa de trabajo de Teresa Pecker

### Mi taller de pintura y dibujo

Mi zona de trabajo es mi mesa. Me resulta muy cómoda ya que trabajo normalmente formatos pequeños, A5 o A4 por lo cual se ajusta perfectamente a mi trabajo. Tengo un espacio donde poner el soporte y me cabe también el material que necesito para pintar y trabajar.

Para mí mi espacio de trabajo está lleno de significados porque llevo usando esa mesa como espacio de trabajo desde que tengo uso de razón. Es el sitio donde pintaba cuando era pequeña, donde estudié para sacarme el bachillerato y ahora mi pequeño rinconcito de arte. Al final es una mesa del Ikea que ha estado conmigo en mis momentos malos y buenos y tiene manchas y trocitos rotos que están llenos de recuerdos.

La mesa suele estar llena de plantas ya que además de ser mi sitio de trabajo, comparte hueco con mi hobby. Es perfecto para mí porque me gusta dibujar y pintar del natural y al tener tantas plantas en la mesa siempre tengo modelo para ponerme a ello. Son fuente de inspiración y a la vez me ayudan a descansar la mente. Cuando necesito descansar las riego, les quito las hojas secas y luego sigo pintando. Además de pintar del natural también me gusta hacer viñetas así que tengo muchos cómics en una balda para poder consultarlos cuando necesito una referencia. Para mí es imprescindible observar los trabajos artísticos de otras personas a la hora de aprender por eso siempre tengo libros cerca cuando me pongo a dibujar.

*Teresa Pecker Gayarre*

Mesa de trabajo de Teresa Pecker





### Un día en mi taller. Acomodación en proceso

Ya sé que esperáis leer sobre mis rutinas en el taller, pero creo que os resultará distinto el momento en el que me encuentro ahora mismo y ese momento es de adaptación. Es difícil cuando una tiene que acostumbrarse a un nuevo espacio de trabajo, y más si nunca has tenido uno y eres de esas personas que necesita expandirse y disponer de un amplio espacio a la hora de trabajar. Y si así soy yo y mi rincón... bueno mi rincón es más pequeño de lo que me gustaría, cosa que a veces entra en conflicto con lo mencionado anteriormente.

Mi acomodación a este nuevo lugar, es lenta y a veces incomoda, como cuando tu compañero de trabajo de toda la vida se jubila y viene otro en su lugar y tienes que acostumbrarte a su forma de ser y aceptar sus defectos y aprender a trabajar en conjunto, solo que en esta ocasión soy yo la que debe buscar el equilibrio, la que debe amoldarse a lo que tiene y no siempre me resulta fácil, de hecho hay días que me es imposible trabajar allí. Pero en cambio otros días, surge esa conexión, ese momento en el que una parece abandonar la tierra, ese momento en el que el tiempo vuela y tú no lo notas, te sumerges en el lugar y todo lo demás da igual, todos esos roces y esas molestias por no disponer de mucho espacio se desvanecen, como si nunca hubieran estado allí, como si todo esta sensación hubiera existido desde el primer momento, y en esos instantes te conviertes en mi segundo lugar de aprendizaje, mi lugar de reflexión y observación, mi lugar de desconexión de las demás preocupaciones y el lugar de mi reto, donde busco poner en practica lo aprendido, donde no hay prisas y puedo dar rienda suelta a mi mundo interior... ojalá todos los días fuesen así, pero no lo son y en esos días que no conectamos así, hay una cosa que hace que siga, que se me olvide mi frustración por no poder moverme, por unos segundos, es alguien que desde el primer día que me puse a trabajar aquí vino y se quedó para siempre, porque ella sabe ,tal vez mejor que yo, que pasaremos muchas horas juntos los tres y desde ese primer día, el sonido que siempre nos acompaña son sus fuertes inhalaciones y sus ronquidos felinos.

Y ella pequeña y peluda supo desde el primer momento amoldarse a ti, te hizo suyo y te has convertido en su lugar preferido de la casa. Quien sabe, tal vez algún día no muy lejano tengamos esa misma comunión...

Taller de Anamaría Campeanu





UNIVERSIDAD  
COMPLUTENSE  
MADRID

# “UN DÍA EN EL TALLER”

PIMC Nº 60 / 2020-2021



ISBN: 978-84-09-31362-4

Diseño y Maquetación: Macarena Ruiz y Silvia Nuere  
Fotografías: cedidas por los artistas participantes en el proyecto